

PROYECTO DE UNA HISTORIA DE LA LECTURA PARA  
LA EXTREMADURA DEL ANTIGUO RÉGIMEN.  
INTRODUCCIÓN, PROBLEMÁTICA Y CUESTIONES DE MÉTODO

AGUSTÍN VIVAS MORENO  
*Facultad de Biblioteconomía y Documentación,  
Universidad de Extremadura*

I. INTRODUCCIÓN. EL PLANTEAMIENTO DE UNA HISTORIA  
DE LA LECTURA PARA EXTREMADURA

*«El conocimiento de las bases mentales de una población constituye el punto de arranque para conocer su actuación tanto a nivel político, como económico, demográfico y social. Los presupuestos mentales, en este sentido, actúan como los hilos propulsores que mueven el comportamiento histórico del hombre».* Así comenzaba Isabel Testón Núñez un artículo de útil metodología, con el título *Lectura y Mentalidad en Cáceres en el siglo XVII*<sup>1</sup>, donde a partir de dos colecciones de libros inventariados trataba de descubrir los gustos del lector cacereño; su objetivo era conocer ciertas actitudes culturales ante el mundo, algunos de los planteamientos ideológicos que condicionaban su comportamiento social, y en líneas generales, intentar descifrar cuál era alguna postura factible del hombre cacereño frente a la cultura, la vida y la muerte. Algún tiempo después, en una breve pero brillante monografía, Fernando Marcos Álvarez y Fernando Cortés Cortés centraron sus indagaciones en dos sentidos: por una parte, en la política educativa y el analfabetismo del siglo XVII en Extremadura; y por otra, en la alfabetización militar y las lecturas de los soldados del Real Ejército de Extremadura entre 1640 y 1668, dada la Guerra de Secesión-Restauração portuguesa. Para ello se basaron fundamentalmente en la tenencia de libros y en la

---

<sup>1</sup> En *Norba: Revista de Arte, Geografía e Historia*, Universidad de Extremadura, Cáceres, 1980, pp. 299-337.

práctica de firmar, y contaron con la utilización, primordialmente, de testamentos e inventarios post-mortem<sup>2</sup>. Debe ser mencionado, del mismo modo, un estudio de Jean-Paul Le Flem referido a la escritura y a la enseñanza en Castilla la Vieja y Extremadura<sup>3</sup>.

Continuando con esta línea, tan mínimamente prodigada para el caso de Extremadura, llena de carencias palpables y abultadas, en este pequeño artículo, haremos especial mención en la urgente necesidad de una Historia de la Lectura; para ello evitaremos el estudio simplista de los inventarios como registro de los libros poseídos, no olvidando la funcionalidad frecuente de la biblioteca como mero indicador de prestigio social, y consideraremos la variedad de lectores y lecturas posibles, junto a «*la idea de la producción social del lector*»<sup>4</sup>; en definitiva, intentaremos entender la historia de la lectura como parte indispensable en el estudio de la mentalidad de un pueblo<sup>5</sup>, contribuyendo así al análisis de lo colectivo «*que regula las representaciones y los juicios de los sujetos en sociedad*»<sup>6</sup>.

Por otra parte, en esta reducida introducción quisiera hacer también unas breves puntualizaciones sobre lo que supone introducir una Historia de la Lectura; y siguiendo en este aspecto a Roger Chartier, intentar llevar a cabo una breve elaboración sobre su planteamiento, supone entenderla –la Historia de la Lectura– como encuentro entre el «*mundo del*

<sup>2</sup> MARCOS ÁLVAREZ, F. y CORTÉS CORTÉS, F.: *Educación y analfabetismo en la Extremadura meridional (s. XVII)*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, Cáceres, 1987.

<sup>3</sup> «Instruction, Lecture et Ecriture en Vieille-Castille et Extremadure aux XVI<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup> siècles», en *De l'alphabétisation aux circuits du livre en Espagne XVII<sup>e</sup>-XIX<sup>e</sup> siècles*, C.N.R.S. Paris, 1987.

<sup>4</sup> AA.VV.: «Representaciones y prácticas culturales en la Europa moderna. Conversaciones con Roger Chartier», en *Revista d'Història Moderna MANUSCRITS*, n<sup>o</sup> 11, enero 1993, pp. 29-40.

<sup>5</sup> Reúne a mi entender los cinco componentes en que desglosa Carlos Barros la mentalidad: lo racional («*donde habría que encuadrar la historia cultural e intelectual, de las ideas y de la filosofía, y en el terreno estricto de la historia social la exploración de la conciencia*»), lo emotivo («*esbozado fundamentalmente en una historia de los sentimientos y la sensibilidad, animando temas como el terror, la muerte y el sentimiento de seguridad*»), lo imaginario («*sector de las mentalidades colectivas ocupado por la capacidad mental que interviene en los procesos de conocimiento y motiva en tal medida la acción humana; por consiguiente, sería el conjunto de las representaciones mentales por medio de las cuales los hombres reconstruyen un mundo interior distanciado de la realidad material, que deviene así la realidad inventada*»), lo inconsciente («*basada fundamentalmente en las nuevas teorías de la psicohistoria, que promueve el estudio de la historia por medio de las categorías analíticas*») y la conducta («*lo que el hombre hace, que incluye lo que dice, es decir, el lenguaje*»). BARROS, Carlos. «Historia de las mentalidades: posibilidades actuales», en AA.VV.: *Problemas actuales de la Historia: Terceras Jornadas de Estudios Históricas*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1993, pp. 49-69. (Vid. Bibliografía para un análisis pormenorizado del tema).

<sup>6</sup> Vid. RICOEUR, Paul: *Tiempo y narración*, Ed. Cristiandad, Madrid, 1987.

texto» y el «mundo del lector»<sup>6</sup>, originando así tres líneas a seguir, por las cuales puede circular nuestro trabajo de investigación:

a) en primer lugar, la basada en la operación de *construcción de sentido* infiriendo la lectura como un proceso histórico determinado, cuyas modalidades y modelos varían según el tiempo, los lugares y los grupos;

b) en segundo lugar, la que considera que las significaciones de un texto dependen de las *formas* a través de los cuales son *recibidas* y *apropiadas* por sus lectores; en este aspecto, veremos más abajo, a modo de ejemplo, cómo hay toda una línea de investigación que estudia la relación existente entre el significado del texto y la forma del libro, es decir, la dinámica entre tipografía y grupos sociales;

c) y en tercer lugar, la que pretende entender la lectura como una *práctica* encarnada en gestos, espacios y costumbres. No se puede presuponer que la lectura tiene los mismos efectos en todo el mundo. Estaríamos hablando, por consiguiente, de una *historia de las formas de leer* que extraería disposiciones específicas que distinguieran las distintas comunidades de lectores. Esto da lugar a lo que Chartier denomina «*contrastes*»: un *primer contraste*, porque hay distintas capacidades de lectura, pues todo el mundo no lee con la misma soltura, rapidez o capacidad; la separación, un tanto borrosa, entre alfabetos y analfabetos no agota las diferencias en la relación con lo escrito. Todos aquellos que puedan leer los textos no los leen de la misma manera y existe una gran diferencia entre los grandes letrados y los lectores menos hábiles, que muchas veces deben leer en voz alta –lectura oralizante– para poder comprender lo que leen y sólo alguna que otra clase de letra; un *segundo contraste*, porque no todos los pueblos, los grupos sociales, las comunidades de lectura tienen las mismas normas. Cada pueblo, cada grupo social, cada época, define sus propias normas, los usos que deben de tener los libros, las formas de leer, etc.; y un *tercer contraste*, porque no todos los grupos sociales tienen los mismos intereses en la práctica de la lectura. Hay que reconocer que hay en la lectura una capacidad de invención, de creación, de producción.<sup>7</sup> De estas determinaciones que reglamentan las prácticas, dependen las formas en que los textos pueden ser leídos, y leídos de

<sup>7</sup> Vid. CHARTIER, Roger: «Historia intelectual e historia de las mentalidades. Trayectorias y preguntas», en *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Gedisa ed., Barcelona, 1992 (2ª ed., 1995), pp. 13-45.

<sup>8</sup> «El grado de autonomía de la lectura debe inscribirse en el marco de las obligaciones del objeto cultural y las de la comunidad social. El texto es libre, autónomo, inventivo pero al mismo tiempo esta libertad, esta creación, esta inventiva están regladas, organizadas, determinadas por un conjunto de criterios entre los que están la posición social y cultural del lector en el interior de una comunidad». AA.VV.: «Representaciones y prácticas...», *op. cit.*, pp. 35-36.

manera distinta, por lectores que no disponen de las mismas herramientas intelectuales y que no tienen una misma relación con lo escrito.

Tomemos como ejemplo una obra literaria: *La Celestina*. Ciertamente es, que desde los albores del siglo XVI goza de prodigiosa fama, una fama que pervivió hasta mediados del siglo XVII, por lo menos<sup>9</sup>. Ahora bien, ¿se leyó?; ¿y cómo?; ¿quiénes fueron los lectores de *La Celestina* en el siglo XVI y en el siglo siguiente?; ¿durante cuánto tiempo se siguió leyendo?; cuándo hablamos de su autor, ¿exactamente a qué nos referimos?; ¿qué significa ser el «autor» para la sociedad del Antiguo Régimen?<sup>10</sup> Estas incógnitas deben ser al menos planteadas si queremos introducirnos en las representaciones culturales de la época; y en esta dirección, se ha de tener en cuenta que fechar una obra puede significar también fechar su tiempo de funcionamiento, de acción en la sociedad, de reflejo e imagen de la mentalidad de un determinado momento. Nos parece vital, pues, poder cifrar este fenómeno, para poder proporcionar así las diferentes cronologías de existencia y circulación.

Y esto es exactamente, lo que creo que hace falta para Extremadura. Arias Montano, Bartolomé José Gallardo, el Marqués de Jerez, Rodríguez Moñino o Manuel Rozas han dado categoría, desde Extremadura, a la bibliofilia hispana. No obstante, faltan investigaciones dedicadas al estudio del fenómeno de la lectura para Extremadura, obras que analicen no sólo los valores cuantitativos con relación a la cantidad de lectores (basadas en su mayoría en medir el nivel de alfabetización), sino también que estudien el reflejo social de la lectura: cuáles fueron las nuevas modalidades de relación con la escritura en la Extremadura de los siglos XVI, XVII y XVIII, cuáles las prácticas de lo escrito, cuáles las de la lectura, cuál la circulación del impreso, cuál la del manuscrito; estudios, pues, que en consecuencia, distingan los nuevos modelos de comportamiento, las nuevas conductas culturales, y que recapaciten sobre la historia cultural de Extremadura entendida ésta como un constante deslizarse entre la práctica y la representación, o dicho con palabras de Chartier, presentando una historia que observe «*el mundo como representación*»<sup>10</sup>.

<sup>9</sup> Vid. HEUGAS, Pierre: *La Célestine et sa descendance directe*, Institut d'Etudes Iberiques et Ibéro-Americaines, Bordeaux, 1973. Esta obra analiza cuidadosamente, el tiempo que «*La Celestina*» sostuvo su fama, y su influencia en obras posteriores, que van desde Gil Vicente y Torres Naharro a Lope de Vega y Miguel de Cervantes.

<sup>10</sup> Vid. CHEVALIER, Maxime: «*La Celestina según sus lectores*», en *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*, Ed. Turnar, Madrid, 1976, pp. 138-167.

<sup>11</sup> Vid. CHARTIER, Roger: *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, ed. Gedisa, Barcelona, 1992. Aquí se propone llevar a cabo una historia de las representaciones como superación de la alternativa denominada historia de las mentalidades, abriendo nuevas perspectivas de comprensión basadas en la multiplicidad y diferenciación de la práctica cultural en la era moderna.

Prosiguiendo con esta opinión, la entrada de las sociedades occidentales en *la cultura de lo escrito*, según Philippe Aries, es una de las principales evoluciones de la Edad Moderna. Ahora bien, ¿podemos decir que Extremadura se adentró en este momento en «*las sociedades de lo escrito*»? Para poder contestar a esta pregunta y siguiendo al citado autor, no sólo debemos observar los avances de la alfabetización —en el sentido que la mayoría acceda a saber leer y escribir— sino también investigar si se produjo una circulación más abundante de lo escrito y cuál fue la difusión de la *lectura en silencio*, que instaura una relación solitaria y secreta entre el lector y su libro. Esto último constituiría una transformación decisiva que traza de manera nueva la frontera entre los gestos culturales del ámbito privado y los de la vida colectiva. De este modo, debemos observar si se produce una esfera de la intimidad como modalidad de relación con la escritura en la Extremadura del Antiguo Régimen, que sea a la vez retiro y refugio para el individuo, sustraído a los controles de comunidad; y si esto se lleva a cabo, analizar si esta evolución no destruyó todas las prácticas antiguas, tales como leer en voz alta para los demás o para uno mismo, leer entre varios, leer durante el trabajo o durante el tiempo libre, etc. Debemos decir ya, que casi con total seguridad, de producirse una «*revolución de la lectura en silencio y en intimidad*», no derruyó las otras prácticas de lectura; por tanto, también en este campo, se trataría de reconocer, siempre para Extremadura, la mezcolanza de las prácticas, sin perder de vista los nuevos modelos de comportamiento y las nuevas conductas culturales características del proceso de privatización en la Edad Moderna<sup>12</sup>.

Hace falta, pues, imitando la historiografía francesa<sup>13</sup>, que abramos nuevas fronteras conceptuales, y pasemos así de una historia del libro, nece-

---

<sup>12</sup> «El proceso de privatización que caracteriza a las sociedades occidentales entre los siglos XVI y XVII contiene expectativas y prácticas nuevas, produce espacios, objetos y escritos hasta entonces desconocidos, y configura una nueva consciencia del individuo respecto a sí mismo y respecto a los demás... Eran seis las categorías fundamentales que permitía identificar los cambios que se produjeron en los pensamientos y en las conductas: la civilidad, que inculca actitudes nuevas respecto al cuerpo; el conocimiento del propio yo a través de la escritura íntima; la práctica de la soledad ya no sólo como ascesis, sino también como placer; el ejercicio de la amistad en el ámbito particular; la valoración del gusto como manera de presentación de uno mismo; y, por último, la comodidad resultado del acondicionamiento del ámbito de la vida diaria». En CHARTIER, R.: «Introducción a las *Formas de Privatización*», en *Historia de la Vida Privada*, Vol. III (dirig. por R. Chartier), Taurus, Madrid, 1989, p. 165.

<sup>13</sup> Es fundamental para nuestro trabajo la obra de Chartier. Exponer toda la bibliografía de Chartier nos ocuparía varias páginas; sólo quisiéramos destacar algunas de sus obras de mayor relevancia para nuestra temática: *Figures de la gueuserie*, Montalba, París, 1982; *Pratiques de la Lecture, Rivages*, Marsella, 1985; *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Regime*, Seuil, París, 1987; *Les usages de l'imprimé*, Fayard, París, 1987; *Cultural History Between Practiques and Representations*, Cambridge, 1988; *Les Origines culturelles de la Révolution Française*, Seuil,

saria, a una historia de la lectura y de sus prácticas. Hoy, afortunadamente en nuestro país, pero no en Extremadura, con la incorporación de algunos de los cambios metodológicos de los años ochenta, se comienza a estudiar los valores de posesión del libro, y ahí están como testimonios los trabajos de Berger (Valencia), Lamarca (Valencia), A. Weruaga (Salamaca), Moreno (Lorca en los siglos XVIII y XIX), Cerdá (Lorca en el siglo XVII), Gelabert (Santiago de Compostela), A. Rojo (Valladolid), Gil Vincent y Salavert Fabiani (Valencia rural), Moreno Albareda (comarca de Sabadell y Tarrasa), etc., o las tesis doctorales de J. Burgos y M. Peña sobre Barcelona junto a los trabajos de analfabetismo y alfabetización de A. Viñao y C. Saez<sup>14</sup>. Sin embargo, todavía nos encontramos faltos de resolver problemas metodológicos trascendentales, como por ejemplo las limitaciones informativas de las propias fuentes, el desconocimiento de cuestiones-clave como la del origen, formación y función de bibliotecas, la movilidad de los libros, etc.

Extremadura no puede quedar al margen de estos inicios, y si todos los datos conocidos, que son muy pocos, denotan un bajo nivel de lectura, convirtiendo al decir de muchos nuestra incipiente Historia de la Lectura en una historia de minorías para los siglos XVI y XVII fundamentalmente, hemos de ser extremadamente rigurosos en nuestras investigaciones y conclusiones. Bien es verdad que la introducción de la impre-

---

París, 1990; *La correspondance: les usages de la lettre au XIX siècle*, Fayard, París, 1991; «Livres bleus et lectures populaires. Mi XVIIIe siècle-debut XIXe», en *Culturas populares: diferencias, divergencias, conflictos, en Europa entre los siglos XVI y XVII*, Gedisa, Barcelona, 1995. Al decir de Ricardo García Cárcel, Roger Chartier es, sin duda, el historiador que más ha influido en la proyección de la cultura en los últimos diez años. Tras un inicial interés en los años setenta por la problemática de la historia de la educación, desenvolviéndose en sus primeros escauceos metodológicos bajo la sombra de la *Escuela de Annales*—buena muestra de ello es su colaboración en los dos proyectos colectivos renovadores dirigidos por Le Goff: *Faire l'Histoire* y la *Nouvelle Histoire*, en 1974 y 1978 respectivamente— irrumpe en el horizonte historiográfico de modo bien visible en los años ochenta, a través de la dirección del III volumen de la *Historia de la Vida Privada*—1985— y sobre todo de la codirección, junto a H.J. Martín, de la *Histoire de l'édition française*—3 vols., 1982, 1984 y 1985, respectivamente— obra magna ésta que significaba el precipitado final de toda una larga serie de investigaciones múltiples que le permitieron conocer las peripecias del mundo del libro francés hasta mediados del siglo XIX.

<sup>14</sup> BERGER, Ph.: *Libro y lectura en la Valencia del Renacimiento*, Valencia, 1987, 2 vols.; LAMARCA, G.: «Las bibliotecas privadas en los productos notariales de Valencia 1780-1800», en *Anales de la Universidad de Alicante*, 4, 1984, pp. 191-209; LAMARCA, G.: «Libros y dinero. Valencia en el siglo XVIII», en *Estudis*, Valencia, 16, 1990, pp. 161-170; MORENO MARTÍNEZ, L.: *Alfabetización y cultura impresa en Lorca, 1760-1860*, Universidad de Murcia, Murcia, 1989; CERDÁ DÍAZ, J.: *Libros y lecturas en la Lorca del siglo XVII*, Caja de Murcia, Murcia, 1986; GELABERT, J.E.: «La cultura libresca de una ciudad del Renacimiento en la documentación notarial y la historia», en *Actas del II Coloquio de Metodología Histórica*, Santiago de Compostela, 1984, pp. 147-163; del mismo autor «Lectura y escritura en una ciudad provinciana del

ta en Extremadura fue un fracaso total en el siglo XV, como en el siglo XVI y XVII. En el siglo XV, de las diecisiete imprentas que se pusieron en funcionamiento en España, Extremadura, y más concretamente la ciudad de Coria, como muy bien ha estudiado I. Testón, cuenta con la existencia de una, cuya aparición se produjo en 1489, siendo regentada por Bartolomé Lila, de origen flamenco. La fecha de origen, 1489, hace que la citada imprenta se sitúe en el puesto duodécimo por orden de aparición temporal. No obstante, en el mismo año de 1489, la imprenta de Coria cerró sus puertas. En el siglo XVI, Extremadura cuenta con tres imprentas: en Guadalupe, Mérida y Badajoz. La primera, regentada por Francisco Díaz Romano, surge en 1536 y desaparece en 1545; la segunda, también regentada por Díaz Romano, data de 1545, no existiendo noticias posteriores acerca de ella; el juego de fechas y de nombres, nos hace pensar —como a I. Testón— en un cambio de localidad por parte del impresor en busca de mejor fortuna. El fracaso es evidente, pues la imprenta sucumbió ese mismo año de 1545. En Badajoz también abrió sus puertas la imprenta de Francisco Rodríguez desde 1565 hasta 1568. En el siglo XVII surge una nueva imprenta en Trujillo en 1623, de propiedad desconocida, produciéndose su desaparición en el mismo año de su origen. Y en el siglo XVIII destaca la imprenta de Francisco Barrera en 1789, cerrando sus puertas ese mismo año; en Llerena también se tienen noticias de la imprenta de Fernando de Ros. De esta manera, a lo largo de trescientos años, la historia de la imprenta extremeña apenas llegó a la veintena. La conclusión a la que llega Testón tras estos datos es la escasa inquietud cultural de la población extremeña, lo que comporta un fracaso de todas

---

siglo XVI», en *Bulletin Hispanique*, Santiago de Compostela, julio-dic., 1982, LXXXIV, pp. 264-290; ROJO, D.: «Un sondeo acerca de la capacidad de lectura y escritura en Valladolid. 1550-1575» en *SIGNO. Revista de Historia de la Cultura Escrita*, Univ. Alcalá, 3, 1996, pp. 25-40; GIL VINCENT, V. y SALAVERT FABIANI, Vicente Luk: «Lectores y libros de medicina en la sociedad rural valenciana de los siglos XVI y XVII», en *Estudis Castellonencs*, Castellón de la Plana, 1984-85, N° 2, pp. 163-187; MORENO ALBAREDA, M<sup>a</sup> D.: *Circulació i existències de llibres al Vallès Occidental (s. XIV-XVI): Sabadell, Terrassa i comarca*, tesis microfilmada de la Univ. de Bellaterra, Barcelona, 1990; WERUAGA PRITO, D.: *Libros y lectura en Salamanca. Del Barroco a la Ilustración, 1650-1725*, Consejería de Cultura de la Junta de Castilla y León, Salamanca, 1993; VIÑAO FRAGO, Antonio: «Por una historia de la cultura escrita: observaciones y reflexiones», en *SIGNO. Revista de Historia de la Cultura Escrita*, Univ. Alcalá, 1990, N° 3, pp. 41-68; del mismo autor, «Analfabetismo y alfabetización» en GUEREÑA, Jean-Louis, RUIZ BERRIO, Julio y JIYANA FERRER, Alejandro (eds.): *Historia de la educación en la España contemporánea. Diez años de investigación*, Centro de Publicaciones de Ministerio de Educación y Ciencia y C. I. D. E., Madrid, 1994, pp. 23-50; SAEZ, Carlos y CASTILLO GÓMEZ, Antonio: «Paleografía versus alfabetización. Reflexiones sobre la historia social de la cultura escrita», en *SIGNO. Revista de Historia de la Cultura Escrita*, Univ. Alcalá, 1994, N° 1, pp. 133-168.

las imprentas surgidas, la ausencia de una «clase» intelectual, y un analfabetismo casi total<sup>15</sup>.

Esto, a buen seguro que es cierto, pero consideramos, no obstante, que nuestro concepto de cultura debe sobrepasar el que se basa en la medición de producción de libros, en la mayor o menor presencia de imprentas y en la tenencia o no de libros. Por el contrario, el estudio de las prácticas de lo escrito y de las diferentes prácticas de lectura no olvida que la distinción entre alfabetos y analfabetos no está, ni mucho menos, clarificada o delimitada; de hecho, los estudios más recientes, cada vez con más ahínco, demuestran que no existió un nivel tan exagerado de gente incapaz de leer, tal como se pensaba hace unos años. De esta manera, debemos observar cómo en los medios populares puede encontrarse toda una pluralidad de usos de lo impreso, con el matiz de que, en tal caso, los impresos no siempre son libros, o no lo son a menudo, y que quien sabe leer, lea en voz alta —por ejemplo— para los que saben hacerlo menos bien o los que no saben en absoluto; todo ello, ciertamente, podría ser una práctica acostumbrada en un medio rural con algunas pequeñas urbes, como lo era Extremadura.

¿Y qué podía leer esa población que requería una gran dedicación temporal en tareas agrícolas, como era la sociedad extremeña del Antiguo Régimen? Pues quizá, como en el conjunto de la España de los siglos XVI al XVIII, podían ser varios los materiales que congregaban a los auditorios populares alrededor de su lectura en voz alta:

a) en primer lugar, las novelas de caballería, que podían ser escuchadas por el pueblo llano. Esto es lo que dice Juan Arce de Olatora en un texto de 1560, refiriéndose a Sevilla:

«En Sevilla dicen que hay oficiales que en las fiestas y las tardes llevan un libro de ésos y se leen en las Gradas»<sup>16</sup>.

También lo afirma Cervantes en el Quijote en el capítulo xxxii de la primera parte. Aludiendo a las novelas de caballería que tiene en su venta, el ventero declara:

---

<sup>15</sup> Vid. TESTÓN NÚÑEZ, I.: *op. cit.*, pp. 300-302; GUTIÉRREZ DEL CANO, M.: «Ensayo de un catálogo de impresores españoles desde la introducción de la imprenta hasta finales del siglo xviii», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, nº 4, Madrid, 1990.

<sup>16</sup> Vid. Coloquios de Palatino y Pinciano (Manuscrito terminado hacia 1560). Fol. 198 vº. (Citado por M. Chevalier: *Lectura y lectores en la España de los siglos XVI y XVII*, Turner, Madrid, 1976, p. 91). Según Chevalier esta frase es muy importante, por ser uno de los pocos testimonios sobre el fenómeno de la lectura pública en una ciudad española del siglo xvi.



«Que en verdad que, a lo que yo entiendo, no hay mejor letrado en el mundo y que tengo ahí dos o tres dellos, con otros papeles que, verdaderamente me han dado la vida, no sólo a mí, sino a otros muchos; porque cuando es tiempo de la siega, recogen aquí las fiestas muchos segadores y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destes libros en las manos y rodeámonos dél más de treinta, y estamosle escuchando con tanto gusto que, nos quita mil canas».

De esta forma, los segadores reunidos en la venta de Juan Palomeque escuchan boquiabiertos al más sabio de ellos que lee en alta voz el relato de las hazañas de Felixmarte de Hircania o don Cirolingio de Tracia, deseando que nunca se acabe —pues, «querría estar oyéndoles noches y días» declara el amo de la casa<sup>17</sup>;

b) pero otros textos favorecían también las lecturas campesinas: por ejemplo, los que contienen los pliegos sueltos o también denominados pliegos de cordel<sup>18</sup>. Estas obras, que son volúmenes en cuarto, constaban normalmente, de dos a dieciséis hojas, casi siempre por su forma poética, en romances octosílabos y asonantes, y estaban hechas para la lectura oral: sus títulos, de estructuras fijas, pueden ser pregonados por quienes las venden —normalmente buhoneros ciegos congregados en cofradías— y sus textos podían ser cantados con facilidad ante un público de oyentes, analfabeto, pero que tiene acceso a lo escrito mediante la palabra;

c) por otra parte, la relación popular con lo escrito es aún mayor. Seguramente, tal y como afirma Chartier, entre los siglos XVI y XVIII, también en Extremadura, el escrito penetra en la intimidad de la mayoría, en forma de impresos que tienen una gran carga afectiva, debido a su vinculación con momentos importantes de la vida familiar o personal. Por ejemplo, los impresos que justifican la pertenencia a una determinada cofradía, títulos de propiedad, certificaciones familiares (haber celebrado matrimonio, dotes, etc.), etc. Estos impresos documentales, bien presentes en la familia extremeña, desempeñan un papel fundamental como constitución de la lectura en el ámbito privado<sup>19</sup>;

---

<sup>17</sup> Tal y como dice Chevalier, la lectura de estas obras, seguramente sea una hipótesis razonable; ahora bien, tema distinto, también necesitado de estudiar, es lo que podía entender un aldeano, un agricultor, transportado al universo caballeresco del Quijote.

<sup>18</sup> Es fundamental la excelente obra del recién malogrado CARO BAROJA, J.: *Ensayo sobre la literatura de cordel*, Revista de Occidente, Madrid, 1969.

<sup>19</sup> Para todo esto sería menester citar algunas de las abundantes obras que el historiador Ángel Rodríguez Sánchez ha dirigido en la Universidad de Extremadura: CHACÓN JIMÉNEZ, F. y HERNÁNDEZ FRANCO, J. (Ed.): *Poder, familia y consanguinidad en la España del Antiguo Régimen*, Anthropos, Barcelona, 1992; los propios de RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, A.: «El poder y la familia. Formas de control y de consanguinidad en la Extremadura de los

c) por último, algunas personas pertenecientes a las capas populares, nacidas en los pueblos extremeños, podían en pocos, pero algunos casos, dominar la escritura. No contamos con documentos que acrediten esta teoría, pues la falta de investigaciones, de nuevo se hace notar. Sin embargo, igual que en regiones periféricas francesas había campesinos que realizaban escritos autobiográficos, cartas u otros documentos de índole más intimista, y que han perdurado hasta nosotros, deberíamos empezar a buscar estos nuevos datos para la Extremadura del Antiguo Régimen; sólo de este modo, empezaría a tomar consistencia el concepto de cultura popular<sup>20</sup>.

En conclusión, en primer lugar debemos intentar comprender de qué manera se traza en Extremadura, entre los siglos XVI y XVIII, la frontera entre las esferas de lo privado y las competencias de las autoridades públicas y comunitarias; el progreso que supone el saber leer y escribir, es uno de los medios fundamentales gracias al cual el individuo puede emanciparse de los vínculos antiguos que, en una cultura de la palabra y el gesto, le ligaban a la comunidad<sup>21</sup>. Y en segundo lugar urge hacer una revalorización de la cultura popular, en nuestro caso, partiendo de una historia de la lectura.

Todo ello, evidentemente, hace traer consigo unos determinados problemas que ya Chevalier, con gran maestría, determinó, creemos muy pedagógicamente. De esto hablaremos a continuación, siguiendo al citado autor.

## 2. PROBLEMÁTICA Y METODOLOGÍA

Plantearnos la cuestión de la Historia de la Lectura en la Extremadura del Antiguo Régimen, supone comenzar por el reconocimiento de la corriente historiográfica que hemos calificado de tradicionalista; de esta forma, en primer lugar pondremos a consideración tres preguntas que corresponden a otros tantos fenómenos, y sólo después analizaremos algunos de los métodos de estudio.

---

Tiempos Modernos», en *Alcántara*, 12, 1987; y «Ricos y pobres. El impacto de América en la familia extremeña», en *Extremadura y América*, Madrid, 1989. No obstante, la obra que mejor recoge esta temática es la de HERNÁNDEZ BERMEJO, María Ángeles: *La familia extremeña en los tiempos modernos*, Diputación Provincial de Badajoz, Badajoz, 1990.

<sup>20</sup> Un ejemplo: *Journal de ma vie. Jacques-Louis Ménétra, compagnon vitrier au XVIII siècle*, presentado por D. Roche, Montalba, París, 1982.

<sup>21</sup> Vid. ARIES, Ph. y DUBY, G. (dirs.): *Historia de la vida privada*, Taurus, Madrid, 1989. (Traduc. De M<sup>a</sup> Concepción Martín Montero) 4 vols.; vid. especialmente el vol. III, dir. por R. Chartier que lleva el título *Del Renacimiento a la Ilustración*, 1989.

a) ¿quién sabe leer, fundamentalmente, en los siglos XVI, XVII y XVIII en Extremadura? Estamos haciéndonos eco de un fenómeno sociocultural: el analfabetismo;

b) ¿quién tiene la posibilidad de leer? O dicho de otra manera ¿quién puede comprar libros? Nos referimos, por tanto, a un fenómeno socioeconómico;

c) ¿quién llega a adquirir la práctica de la lectura? Este fenómeno es de naturaleza puramente cultural: nos referimos al interés por la lectura.

Respecto a la primera pregunta, ya hemos afirmado más arriba la dificultad que entraña la distinción entre alfabetos y analfabetos, hasta tal punto que en la mayoría de las veces la determinación viene dada por si sabe o no firmar; ahora bien, el que firma con una cruz no sabe escribir, ¿pero leer?, y el que firma sabe escribir su nombre, ¿pero escribir cualquier cosa? ¿y leer? Tal y como se pregunta Chevalier: «¿Cuál es el alcance exacto de las declaraciones que prestan estos hombres o de las muestras de cultura que dan?... Siempre resultará muy difícil apreciar la porción de semianalfabetos». Así pues, deberíamos preguntarnos sobre dicha porción de semianalfabetos para la Extremadura del Antiguo Régimen.

Respecto a la segunda pregunta, la citada corriente tradicionalista, para estudiar el fenómeno de la lectura, se fija fundamentalmente en los libros, dejando al margen la circulación del manuscrito. En este sentido, nos encontramos con la limitación de orden económico: su precio. Recordemos que el Siglo de Oro es época en la cual no existen bibliotecas oficialmente abiertas al público y comprar libros, para su lectura, supone tener ciertos recursos económicos. Este sería, por consiguiente, otro de los temas necesarios de estudio para la Extremadura de los siglos XVI, XVII y XVIII: el precio de los libros. Ahora bien, hemos de tener en cuenta que las clases sociales menos pudientes que no disponían de poder económico para comprar libros, podían en algún caso tener la ocasión de acceder a libros y leer; ya lo pone de manifiesto Chevalier: lo barato que salían los libros en las almonedas, los criados de familias aristocráticas —mayordomos, secretarios, bibliotecarios, etc.— que podían disponer de las bibliotecas de sus amos, o la costumbre de prestarse libros y manuscritos; todo ello pone de manifiesto la dificultad que entraña el estudio de la historia de la lectura desde una historia económica, que por otra parte reduce el fenómeno al producto librario.

Por último, respecto a la tercera pregunta surge la cuestión del interés personal por la cultura, y particularmente por la lectura. En este orden de cosas, el interés viene marcado por la posibilidad. Bien es verdad, que todo parece indicar que en la Extremadura del Antiguo Régimen, el públi-

co que realmente tenía interés por la lectura era muy reducido: la ausencia de grandes y medias bibliotecas privadas<sup>22</sup>, el menguado interés de los pocos mercaderes de la época por la cultura o el que demuestran los hidalgos y caballeros por las actividades de orden intelectual, y la mayor incardinación en una cultura del gesto y la palabra, comportan lo dicho. No obstante, matizaremos más adelante esta opinión y la de quien afirma que la historia de la lectura es una historia de minorías.<sup>23</sup>

Respecto a los métodos, vamos a plantear algunos de ellos, siguiendo, del mismo modo a Chevalier:

### *Los inventarios de bibliotecas particulares*

Debemos comenzar diciendo, que urge para Extremadura empezar a realizar inventarios de bibliotecas privadas por su valiosa e insustituible fuente de información; y no sólo de personajes nobles y hombres eminentes, sino también de caballeros, clérigos, letrados y artesanos sin importancia relevante. Es necesario empezar a hacer series de inventarios de las poblaciones importantes de la época: Cáceres, Badajoz, Mérida, Plasencia y Trujillo, entre otras.

Dicho esto, hemos de ver los defectos que una investigación sobre el fenómeno de la lectura basada únicamente en los inventarios tendría:

a) la falta de precisión de los inventarios: seguramente, tal y como ocurre en otras zonas geográficas se apuntaba con extrema rapidez el contenido de las bibliotecas, ya que a los notarios y albaceas lo que les inte-

---

<sup>22</sup> Para M. Chevalier, en unas cifras provisionales que quizás deban ser matizadas, se distinguen tres grupos de bibliotecas privadas en los siglos XVI y XVII: 1) *bibliotecas ricas*: de más de quinientos libros, variadas, propias de cortesanos, dignidades eclesiásticas, consejeros reales,...; 2) *bibliotecas medias*: de algunos centenares de libros, bibliotecas técnicas, propias de letrados, teólogos, médicos, artistas,...; 3) *bibliotecas pequeñas*: de algunas decenas de libros, con presencia de obras de devoción, eclesiásticas, propias de hidalgos, curas, mercaderes o artesanos. Tal y como afirma Luis Enrique Rodríguez-San Pedro Bezares, el problema de estos cómputos, aparte del propio de cualquier inventario, es la distinción entre títulos y volúmenes (en «El humanista Gonzalo Correas y su biblioteca salmantina (1631). Apunte valorativo», en *Studia Histórica. Historia Moderna*, IV, 3 Salamanca, 1986, pp. 93-101).

<sup>23</sup> BENNASSAR, B.: *Valladolid au siècle d'Or*, Mouton (ed. original), París-La Haye, 1967, p. 510. No hay que descuidar el análisis de las distintas maneras de acceso al mundo de lo escrito minimizando el papel de las semi-alfabetizaciones, que en la mayoría de los casos da la capacidad para descifrar un cierto tipo de textos y no otros. Además, hay todo un sector del mundo social que recibe los textos de manera mediatizada por las palabras: las palabras del clero y las del hombre de la ley, del Estado. Ello, como diría Chartier, tiene que ver naturalmente con los problemas de dominación, de articulación entre lo popular y lo culto.

resaba realmente era el valor material del conjunto más que la cultura del difunto. Así, se ponen títulos abreviados, estimaciones a bultos, etc.;

b) la mayoría de las bibliotecas de las que dispondríamos de inventarios serían, a buen seguro, bibliotecas técnicas que contendrían libros de estudio: pintores, eclesiásticos, militares, etc. Evidentemente, el inventario recoge, con mayor rigidez, los datos de los libros que son de esta materia, y no los que no lo son. ¿Se puede pensar que un pintor sólo leía tratados pictóricos y nunca una novela?;

c) una cosa es tener libros y otra es leerlos; a la historia de la lectura le interesa fundamentalmente no la tenencia de libros, sino su lectura; el libro como soporte cultural, y no como objeto que comporta prestigio social;

d) del mismo modo, un personaje puede haber leído cosas no presentes en su biblioteca, y, por consiguiente, no mencionadas en el inventario analizado;

e) además, el inventario es la tenencia de libros en un momento determinado: el de la muerte del poseedor; ni siquiera es la tenencia de libros o impresos que dicho poseedor ha podido disponer en toda su vida. Por este motivo, ya que los gustos, las aficiones literarias van cambiando, el inventario sólo es la plasmación de un determinado gusto en un determinado momento;

f) de la misma manera, una biblioteca puede reunir —seguramente— libros no nuestros, sino de nuestros antepasados; de esta forma, su citación en un inventario nos relega a libros, posiblemente no leídos, sino simplemente conservados;

g) por otra parte, el inventario nos dice poco o nada respecto a manuscritos. No debemos olvidar la importancia fundamental del manuscrito frente al impreso en la España de la época, hasta tal punto que, tal y como dice Antonio Rodríguez Moñino, la poesía española de los siglos XVI y XVII circuló esencialmente de forma manuscrita. Del mismo modo, algo parecido pudiera haber sucedido con otros géneros literarios<sup>24</sup>.

h) y, por último, la lectura oral, la escuchada, la fundamentada a través de la palabra, ni que decir tiene, que no viene manifestada en los inventarios.

En conclusión, los inventarios son necesarios para empezar a realizar investigaciones que formalicen una historia de la lectura, y en Extremadura nos encontramos déficit en ello, pero en ningún modo conclusiones rigurosas pueden estar basadas exclusivamente en estas fuentes.

---

<sup>24</sup> RODRÍGUEZ MOÑINO, A.: *Construcción crítica y realidad histórica en la poesía española de los siglos XVI y XVII*, Castalia, Madrid, 1965.

### *Declaraciones de los pasajeros a Indias*

No es menester recordar aquí, la importancia de Extremadura en la conquista y posterior colonización de las Indias; es por ello, por lo que este método requiere un cierto detenimiento.

Al arribar una nave a puerto americano subían a bordo unos agentes del Santo Oficio que dirigían una serie de preguntas a los recién llegados informándose en particular de los libros que traían consigo. En este sentido, son fundamentales para investigar sobre la Historia de la Lectura en Extremadura, las respuestas de los pasajeros extremeños que quedaron apuntadas en cantidad de documentos conservados en los archivos aún sin estudiar. Para hacernos una idea de su importancia, contamos con el libro de Francisco Fernández del Castillo titulado *Libros y librerías en el siglo XVI*<sup>25</sup> y el de Irving A. Leonard: *Los libros del conquistador*<sup>26</sup>.

Sería deseable examinar exhaustivamente dichos documentos por la importancia fundamental que merece para la historia cultural de Extremadura, ya que nos revelaría las lecturas de los jóvenes emigrantes en la larga travesía. Seguramente nos sorprendería las lecturas de las personas que pertenecían a clases bajas o populares, al mismo tiempo que sabríamos de obras, jamás presentes en ningún inventario de ninguna biblioteca.

### *Otros métodos*

a) en primer lugar, las *relaciones de fiestas de la época*, tan numerosas en la España del Siglo de Oro, donde se representaban obras de teatro o se leían en público comedias, etc.; sería deseable conocer dichas obras representadas –leídas– en público;

b) en segundo lugar, los libros de *Avisos y Noticias*. Son crónicas de actualidad, antecesores de los periódicos, que contenían noticias de enorme interés. A buen seguro que son una fuente necesaria para hacer una Historia de la Lectura, aunque bien es cierto que dichas Gacetas y Avisos, ya sean en forma manuscrita o impresa, se hacían esencialmente en Madrid, lugar de las Cortes, y pueden dejar un tanto de lado los datos relativos a Extremadura. No obstante, como digo, deben de ser consultadas, pues se recibían noticias de todos los territorios pertenecientes a la Monarquía, y como tal, puede ser que se encuentren opiniones, críticas, o noticias relativas a obras literarias, o costumbres lectoras;

<sup>25</sup> Publicaciones del Archivo General de la Nación, VI, Méjico, 1914.

<sup>26</sup> F.C.E., Méjico, 1953.

c) en tercer lugar, las *autobiografías*. Ya hemos hecho mención más arriba de la necesidad de consultar esta fuente, que nos permitiría vislumbrar las aficiones literarias de los autores. Para algunos, dominar la escritura es también producirla, de tal manera que escribir se convierte en un hábito; y puede ser que esta afirmación del yo popular mediante la escritura que la persona domina, reivindica y practica sólo para sí, recuerde que ha sido lector y nos diga las formas y los motivos que encontraron en los libros que antaño leyeron. Según P. Aries, el gusto por la soledad es uno de los indicios de la privatización, del mismo modo que lo es la literatura autógrafa. Esta sería la «... *que da fe de los avances de la alfabetización y del establecimiento de una relación entre la lectura y conocimiento de uno mismo... Son escritos sobre uno mismo y, con mucha frecuencia, para uno mismo y sólo para uno mismo*»<sup>27</sup>. Se pone de manifiesto la necesidad de búsqueda de autobiografías de personajes extremeños, para edificar una historia de la cultura extremeña;

d) en cuarto lugar, el estudio de las «*correspondencias de particulares*». En este sentido, conviene prestar atención a las alusiones literarias y a las opiniones emitidas sobre escritores que surgen en las cartas de la época. De este modo, obtendremos noticias directas sobre lecturas realizadas. Dichas cartas, tal y como nos dice Chevalier, nos proporcionan elementos valiosos porque son recuerdos espontáneos, no hechos para ser públicos, y, por consiguiente, nos traen a colación indicios de lectura efectiva. De esta manera, al explorar las cartas privadas de personajes extremeños, pretenderemos percibir la actitud ante la vida privada, en nuestro caso a través de las lecturas realizadas;

e) en quinto lugar, las propias *obras literarias*. En un doble sentido: el primero, porque a través de sus citas y de los materiales que utilizan para construir la obra, conocemos la cultura auténtica de un hombre, las lecturas que hizo, los recuerdos que surgían espontáneamente en su memoria, lo que realmente le impresionó de esas lecturas y lo que recordó de ellas; el segundo, porque lo que podría ser un inconveniente, no lo es tanto, y el que parezca que se limita a un muy reducido y preparado público como son los escritores, no debe hacer que dejemos de pensar que las obras literarias, en el sentido estricto de la palabra, son documentos que nos permiten

---

<sup>27</sup> Vid. ARIES, Ph.: «Para una historia de la Vida privada», en *op. cit.*, pp. 11-12. En la misma obra, FOISIL, Madeleine: «La escritura del ámbito privado», en *Ibidem*, pp. 331-369; vid. en la misma obra, GOULEMOT, J.M.: «La nueva legitimidad de la escritura», en *Ibidem*, pp. 392-405. Hay algunos estudios sobre la función de la autobiografía en la época: BOURCIER, E.: *Les Journeaux privés en Angleterre de 1600 à 1660*, París, 1976; DELANY, P.: *British Century England*, La Haya, 1971; LEJEUNE, P.: *L'autobiographie en France*, A. Colin, París, 1973, etc.

formar concepto de cultura oral: refranes que vienen citados, cuentecillos tradicionales que circulan en la calle, fuentes folklóricas... son reflejos aparecidos en las obras literarias que hemos de captar y estudiar con paciencia, en nuestro caso para Extremadura, siempre con ayuda de los historiadores de la literatura. En este sentido, deberíamos analizar con extrema cautela, las obras no sólo realizadas por extremeños sino también las ambientadas en Extremadura. Se nos ocurre el ejemplo de *El Alcalde de Zalamea*;

f) y en sexto y último lugar, las *piezas liminares* que encabezan los libros del siglo de oro, los *comentarios de texto* y los *tratados de poética y retórica*. Respecto a las piezas liminares nos proporcionan valiosos informes sobre la extensión y el carácter de las lecturas de los hombres cultos y la interpretación que recibieron varias obras: se trata de dedicatorias, citas de autores que ha leído, etc.; lo mismo cabría decir respecto de los comentarios, es decir, no ya las obras mismas sino los textos de sus comentaristas; y, con menor importancia, los tratados de poética y retórica, donde podemos observar las aficiones del público culto.

### 3. REFLEXIONES SOBRE NUEVAS CUESTIONES

Si hasta aquí hemos hecho mención a lo que hemos denominado la corriente historiográfica tradicional, es necesario, a continuación, seguir con la nueva corriente historiográfica, que tiene como mayor exponente a Chartier, y que expongamos de forma muy resumida, algunas de sus nuevas fronteras conceptuales y metodológicas en el campo de la Historia de la Lectura<sup>28</sup>.

De esta manera, nos preguntaremos a continuación por algunas cuestiones referentes a la lectura, al concepto de autor y al de biblioteca.

#### 3.1. *Algunas cuestiones referentes a la lectura*

Chartier, para replantearse el concepto de Historia de la Lectura, parte de la precisa diferenciación de los ejes básicos de toda historia del libro:

1) *El libro como objeto*, en un doble sentido: un *primer sentido*, en el que se puede profundizar mediante ensayos de carácter erudito y bibliológico dedicados preferentemente a la historia de la tipografía o de la edi-

<sup>28</sup> Cabe recordar aquí que Chartier entiende la historia como una «*historia cultural de lo social*».



ción desde el *punto de vista estrictamente técnico* (paginación, ilustración, encuadernación, etc.); es decir, el libro como continente material físico; y un *segundo sentido*, en el que se observa el libro como elemento que se compra y se vende, de manera que se entiende como un elemento de producción que circula siguiendo unas rutas comerciales y que siguiendo unos determinados hábitos se vende en unos u otros sitios y a unos u otros determinados grupos sociales; por consiguiente, en este aspecto, la *historia social* y la *historia económica* son extraordinariamente fructíferas.

2) *Los textos*, que constituyen el contenido por esencia del libro; estamos pues, en un campo estricto de la *historia cultural*.

3) Y, por último, *las prácticas, usos o apropiaciones* que de los textos pueden hacer los lectores; sería, lo que Chartier denomina *historia social de lo cultural*.

Llegados a este punto, Chartier se plantea fundamentalmente dos cuestiones: la intitulada legibilidad, y la crítica a la historia cuantitativa del libro, para acabar justificando plenamente el proyecto de una historia de las prácticas de la lectura, que en nuestro caso, lo es para Extremadura. Veamos la primera.

Uno de los aspectos por los que Chartier más se interesa es, particularmente por la estrecha relación entre el libro como estructura física, y la lectura; ello, da lugar al concepto de *legibilidad*<sup>29</sup>.

La tipología del libro impreso es una de las cuestiones en las que menos se ha detenido la nueva historiografía, y, sin embargo, constituye una clave interpretativa no desdeñable, en cuanto al fenómeno de la «elección» del tipo o del modelo de libro, interesando primero al productor (editor) y después al consumidor (lector). La incidencia de los cambios en el formato, la presentación de textos, la incorporación de ilustraciones o no, la presencia de abreviaturas, márgenes, espacios en blanco, etc. influyen sobre la lectura y los distintos lectores. La producción, en efecto, se diferenciaba por según a quién fuera destinado el producto; mientras las clases dominantes participaban en el proceso de pro-

<sup>29</sup> De esta manera continuamos la línea metodológica de A. Petrucci y McKenzie; la legibilidad sería la relación o el cociente —aunque ciertamente no sería definible en términos matemáticos— que resultara de dividir el usuario potencial y el texto más la tipología material del libro. Vid. PETRUCCI, A.: «Introducción», en PETRUCCI, A. (comp.): *Libros, editores y público en la Europa Moderna*, Ed. Alfons el Magnanim, Institució València de Estudis Investigació, Valencia, 1990, pp. 7-25; del mismo autor, «Alle origini del libro moderno. Libri da banco, libri da bisaccia, libretti da mano», en *Italia medioevale e humanistica*, XII, 1969, pp. 295-313; MCKENZIE, D.F.: *La bibliographie et la sociologie des textes*, Editions du Cercle de la Librairie, París, 1991.

ducción de la escritura más o menos activamente y ejercían presión en el mercado, las clases populares no tenían ninguna relación directa con el mundo de la producción de libros a ellos destinados, y por lo tanto no disponían de ningún medio de intervención sobre este asunto.

Por consiguiente, si la *relación* entre lectores y texto pasa a través del mecanismo de la lectura, este proceso bastante difícil de identificar, resulta quizás un tanto reconstruible siguiendo precisamente las modificaciones de la tipología estructural del texto. De este modo, si estudiáramos las modificaciones de dicha «*relación de lectura*», es decir, la legibilidad del texto, en la Extremadura del Antiguo Régimen, seguramente observaríamos que han sido mucho más rápidas y numerosas en el ámbito del libro reservado a las clases cultas o instruidas, que en el del libro denominado popular. En las primeras, la característica más relevante sería el dinamismo tipológico: nuevos formatos, grandes volúmenes ilustrados, ediciones lujosas, portadas, nuevo estilo gráfico, etc. Por el contrario, si observáramos el ámbito del libro denominado popular, asistiríamos a la repetición obsesiva de los mismos pequeños formatos, de los mismos caracteres, del mismo tipo de paginación, de las mismas series de ilustraciones, etc. De esta forma, mientras el «libro culto» sufre rápidas transformaciones, el «libro popular» se fosiliza y se margina, pues tiene como destino justamente las clases más marginadas.

En conclusión, analizando la legibilidad, se resaltan las variaciones en la disposición con los lectores así como las variaciones de los dispositivos textuales y formales que conducen a una compleja y plural gama de lecturas. Por ejemplo, si tuviésemos en nuestras manos un impreso producido en Mérida en 1540 con grandes ilustraciones, letras claras, márgenes en los lados, dialéctica entre los espacios en blanco y en negro, nos daríamos cuenta de que se trata, a riesgo de ser demasiado rotundos y equivocarnos, de un impreso producido para clases pudientes y adineradas, y que su lectura sería esencialmente visual –no oral–, exterior –no interior– y posiblemente colectiva –no intimista–.

Y es en este sentido en el que Chartier combate decididamente la historia cuantitativa del libro, considerando que dicho exceso cuantitativista ha polarizado en un rígido estructuralismo sociográfico. Es decir, para la historia cuantitativa sociográfica, las divergencias culturales están necesariamente organizadas según una división social dada de antemano. Para nuestro autor, creemos que acertadamente, las divisiones culturales no se ordenan obligatoriamente según una red única de desglose de lo social, sino que se debe invertir la perspectiva y delinear, primeramente, las áreas sociales por donde circula cada corpus de texto y cada género de impresos. Pongamos un ejemplo: supongamos que en Extremadura en la biblio-

teca de un clérigo no muy ortodoxo o un hidalgo venido a más por la conquista americana encontramos un ejemplar del Lazarillo de Tormes, con lo cual sacamos la conclusión de que dicho libro es leído por las clases pudientes. Pues bien, lo que postula Chartier, y nosotros con él, es que se debe invertir esta perspectiva, y que lo que debemos hacer es, partiendo de dicho libro, buscarlo en distintas bibliotecas —ya sean éstas ricas o pobres, pertenecientes a clases pudientes o a clases populares— y no partir para su análisis, desde concepciones sociales apriorísticamente. De esta forma rechazaremos esta dependencia que relaciona las diferencias en las costumbres culturales con las oposiciones sociales construidas a priori<sup>30</sup>.

Continuando con esta idea, Chartier también combate las concepciones tradicionales sobre la imposibilidad de una dialéctica entre cultura sabia y cultura popular, proponiendo una dinámica cultural fluida.<sup>31</sup> Pero de esto deberemos hablar en otro momento.

En conclusión, Chartier, respecto a la lectura, supera las preguntas de los cuantitativistas del libro: ¿quiénes leen?, ¿cuántos leen?, ¿qué se lee?, y da un paso adelante al preguntarse por el *¿cómo se lee?* En este sentido, la transformación de las formas y los dispositivos a través de los cuales se propone un texto, crea nuevos públicos y nuevos usos. Y es en este aspecto donde cobra sentido para Extremadura justificar el proyecto de una historia de las prácticas de la lectura.

El mayor objetivo de dicha historia consistiría en señalar los contrastes o diferencias más importantes *«que puedan dar distintos sentidos al mismo texto»* y que hemos de tener en cuenta a la hora de elaborar una historia de la lectura para Extremadura:

a) si se trata de una lectura *silenciosa* y esencialmente *visual*, o una lectura donde la comprensión impone una oralización necesaria *en voz alta*;

---

<sup>30</sup> ¿Por qué no del mismo modo que se tienen en cuenta las diferencias sociales, no se analizan las diferentes adhesiones religiosas, las distintas solidaridades comunitarias o las divisiones tradicionales educativas?

<sup>31</sup> Chartier pone el ejemplo de la *Biblioteca Azul* francesa, de la que sería necesario hablar en otro momento. Chartier, para poner de manifiesto la fluidez entre la cultura sabia y la cultura popular intenta desmitificar la presunta representatividad popular de los libros de la Biblioteca Azul. Expone cómo las obras que forman dicha biblioteca, jamás fueron escritas por una determinada clase: la popular, sino que la especialidad fundamental de la Biblioteca Azul se debe a las intervenciones editoriales operadas sobre obras y textos ya escritos, a fin de hacerlos legibles a la amplia clientela a la que están destinados. Así pues, es en las modificaciones editoriales donde podemos encontrar el carácter popular de la Biblioteca Azul. Ahora bien, lo que Chartier no postula es la reflexión sobre si el excesivo dinamismo entre cultura sabia y cultura vulgar, no pulveriza dichos conceptos.

b) si se trata de una lectura «*intensiva*» apoyada en pocos libros y confrontada con la escucha y la memoria, o una lectura «*extensiva*» que está basada en muchos textos y no apoyada en la escucha;

c) si se trata de una lectura *en la intimidad, de la soledad, de la clausura* o una lectura *colectiva, familiar, etc.*<sup>32</sup>.

### 3.2. *Algunas cuestiones referentes al autor*

Otro de los temas que Chartier reaviva y que deberemos de tener en cuenta a la hora de presentar nuestro proyecto, es el interés por el concepto de autor<sup>33</sup>.

Plantaremos, muy brevemente, en este contexto, algunas ideas:

Cabe decir, en primer lugar, que Chartier, continuando con la línea de Foucault<sup>34</sup>, se preocupa no tanto de la identidad social del lector y su distinta clasificación (lector aristocrático, lector artesanal, etc.) como del propio sentido del concepto de autor (lo que él denomina «*función-autor*»).

Dicho concepto se desarrolla en diversas dimensiones: bien del resultado de tener la propiedad de los textos; bien de disfrutar de la responsabilidad del texto ante el poder; o por último, de la legitimación de sus afirmaciones.

De esta forma, el estudio del concepto de autor no debe quedar al margen de los estudios sobre libros y lectores que se realicen en Extremadura. No pueden dejar de plantearse, si queremos realizar una coherente Historia de la Lectura, temas tales como:

a) la vinculación de la propiedad literaria con la defensa del privilegio de librería;

b) la legitimación de los derechos de autor (no sólo por las ideas originales, sino por la «*forma*» en la que el autor vierte los conceptos –Locke–);

c) la vinculación desde la segunda mitad del s. XVII de autor «*como aquel que se ha hecho imprimir*» y que llega hasta hoy mismo, de tal manera que autor sería solamente aquél que ha compuesto libros impresos. Cosa muy diferente ocurría en los siglos anteriores al no existir una relación tan unilateral, produciéndose un verdadero maremagnum conceptual entre escritor, impresor, protector, etc. de forma que complicaba el sentido de lo que comúnmente se entendía por autor;

<sup>32</sup> Vid. ARIES, P.: «Pour une histoire de la vie privée» y CHARTIER, R.: «Les ratiques de l'écrit», en *Historia de la vida privada*, op. cit., pp. 7-19 y 112-161, respectivamente.

<sup>33</sup> Vid. CHARTIER, R.: «Figuras del autor», en *El orden de los libros...*, op. cit., pp. 41-67.

<sup>34</sup> Es necesario conocer la obra de FOUCAULT, M.: «Qu'è est-ce qu'un auteur», en *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, t. LXIV, julio-septiembre, 1969, pp. 73-104.

d) temas como la incidencia del control censorial sobre el autor y el impresor, etc.

### 2.3. *Algunas cuestiones referentes a la biblioteca*

Por último, es de apremiante necesidad, para una mejor comprensión de nuestro proyecto de Historia de la Lectura, penetrar en la problemática del concepto de biblioteca<sup>35</sup> para los siglos XVI, XVII y XVIII en varios sentidos: en primer lugar, como *espacio y ámbito* destinado a colocar libros; en segundo lugar, como *colección de obras* de la misma naturaleza. En este sentido, se plantea la doble opción que atormentó siempre a los hombres de la modernidad: su afán recopilatorio del saber, que deviene en la *biblioteca universal-inmaterial* reducida a las dimensiones de un inventario (saber universal), frente al afán especializado del saber, que concluye en la *biblioteca limitada-material* y selectiva, formada por obras con presencia física, dispuesta para la lectura y la consulta (saber esencial). De esta forma, se diseña la dialéctica entre cultura teórica y cultura posible; y en tercer y último lugar, como libros que contienen los *catálogos* de los libros<sup>36</sup>.

En este orden de cosas, para que nuestro proyecto se sostenga de forma coherente, deberíamos investigar: en primer lugar, los lugares y ámbitos utilizados como bibliotecas, en el sentido que lo hace Chartier; en segundo lugar, localizar los posibles libros-catálogo y analizarlos; y en tercer lugar, examinar e inspeccionar las colecciones de obras planteando la problemática que Chartier demanda: biblioteca de totalidad *versus* biblioteca limitada. A buen seguro, que de esta manera se abrirá el círculo vicioso en el que tantos historiadores han encerrado la dialéctica de la cultura sabia y la cultura popular para proponer una dinámica cultural fluida.

En conclusión, con este pequeño artículo, hemos intentando conseguir dos logros: el primero de ellos, hacer un planteamiento genérico de lo que es y supone ser una Historia de la Lectura para Extremadura, distinguiéndola de una historia del libro; y un segundo objetivo, exponer cuáles son las mayores dificultades con las que nos podemos encontrar en su realización, exponiendo por donde circulan las nuevas corrientes metodológicas, a las que en ningún momento se las debería volver la cabeza. Es hora pues de ponerse a trabajar, y extraer la tan necesitada historia cultural para Extremadura, en este caso, a través de la lectura.

<sup>35</sup> Vid. CHARTIER, R.: «Biblioteca sin muros», en *El orden...*, *op. cit.*, pp. 69-89.

<sup>36</sup> Chartier analiza tres anteriores a 1550: Tritheim, Gesner y Bale. (Vid. *Ibidem*).